

VERSUS OMNIA

La vez que estuve en la tele

Joan Verdú

La gente se pirra por salir en la tele. La tele es ese dulce mal que hemos heredado del siglo XX y lo que colea. Hay veces en que una persona denostada por sus vecinos por avara, o por envidiosa, o por chafardera consigue salir en la tele y parece que sus defectos quedan minimizados, ha sido alcanzada por el perdón mediático:

—Sí, si es que esa mujer es así, pero ha salido en la tele.

Hay personas a las que parece que les gusta que les pase desgracias para así salir en la tele:

—Pues sí. He perdido a toda mi familia en el terrible huracán.

—Póngase aquí. Un poco más a mi lado.

—Ahí vamos.

A un servidor le da más o menos igual salir en la tele. Bah, he salido algunas veces en programas culturales y ya está, eso sí, luego mucha gente te señala por la calle:

—Mira, el de la tele.

Y poco más, pero una vez estuve de espectador en un concurso televisivo.

Participaba mi amigo Valiente (es que se llama así) en un concurso de Canal Nou que se llamaba *1 de 5*, que presentaba un individuo bastante inepto y que consistía en superar una serie de pruebas irremediamente idiotas, un poco como el humor amarillo pero sin chinos. Una cuadrilla de amigos nos animamos y fuimos de público.

Nada más llegar ya empezaron los problemas: me mandaron al último escalón de la grada, todo porque llevaba una camiseta de un cuadro mío que en vez de decir Avecrem rezaba Artcrem. «Eso es publicidad, no puede ser», decía el regidor que era un lince. Así que me hicieron darme la vuelta a la camiseta y todo. Hacer esto y yo convertirme en su pesadilla fue todo en uno: que acababan un trozo de grabación, descanso. Hasta el otro plano: yo me salía al pasillo a fumar «¿Dónde está el del Avecrem?». «Está fuera, fumando». Porque claro, si yo me la piraba, no había *raccord*. *Raccord* quiere decir que la cámara hace una panorámica sobre el público. Allá arriba está el del Avecrem, el de la cabeza gorda. Ahora vuelve a pasar la cámara, ¡y coño! ¡Ya no está! Y eso a los de la tele los vuelve locos porque como todo son trampas hay que cuidar que el del Avecrem siempre esté allí y va y no está y los tíos se vuelven locos, como digo.

En una de estas de salir a fumar, va y me doy cuenta de que en el plató de enfrente estaban grabando la *Paella Rusa* de Joan Monleón y para allí que me entro, estaban en un descanso:

—Home, Joan

—Xe, Verdú ¿Qué fas açí?, Toni fica-li una xapa a Verdú i senta'l.

Toni Peix me puso una chapa y me pusieron en primera fila. Aquello era mucho más divertido que el del otro programa. Allí *Les Monleonetes* con la fiambrrerita muy bien arreglada: «¡A guanyar diners, on estan, on estan, a guanyar diners, la-la-la, la-la-la!». Y la señora Amparito de Albalat que es la que juega a la Paella Rusa y ha elegido la faba... «Noooo... ¡El viatge estava en el conill!». Y así todo, muy bien puesto y muy bien traído.

Hasta que en ese momento entra el de seguridad del otro plató a buscarme: «Usté, al otro plató», y yo digo que no me da la gana, que me gusta más la paella rusa. Vienen las azafatas, que están un poco buenas, a convencerme: que si ya está grabado medio programa y que si el *raccord* y que si patatín y que si patatán. Al final vuelvo porque me sobornan con regalos y se acaba el programa y mi amigo Valiente no gana, pero ya se había sacado un coche el tío en el programa anterior, así que ya lo tenía bien.

Encuentro entre dos Mares. Bial de São Paulo - Valencia

La Nave del Puerto de Sagunto

Contrastes: violencia y humor

Nilo Casares

La Bienal de Valencia, bueno, ya no se llama así, ahora responde a Encuentro entre dos Mares. Bienal de São Paulo-Valencia, no sé si porque espera algo a la sombra de la reputada bienal brasileña o para despegarse de la mala reputación conseguida cuando atendía por su nombre.

No lo sé, aunque, como ya le ocurrió cuando se llamaba como se espera, tiene algo de interés y mucho de decepción, aparte de todo mi reconocimiento por haber sabido olvidar el exceso para enfrentar con mesura un proyecto que con mayor sentido de la realidad, y una mejor conjugación del plural de modestia, podría ajustarse a sus posibilidades.

La decepción anida en el Centro del Carmen, y justifica que el nuevo nombre empiece por São Paulo como encuentro entre dos mares, aunque, visto lo expuesto, uno sólo podría calificarlo de encontronazo, parecido al sufrido por Colón. No sé quién es el colón de esta empresa, pero desde luego, bajó en São Paulo y se dejó llevar por la negritud como los caribes por los abalorios, hasta el punto de llenar este sitio con todo lo que pudo y poder demostrar la exhuberancia de las Indias Orientales. Sorprende ver que no queda recodo por invadir de arte, contemporáneo o folclórico, expuestos ambos para nuestra mejor comprensión del fenómeno paulista, algo de lo que cualquiera se puede informar con un catálogo, a tiempo, medianamente razonado y nos evita este paseo por un exceso que atora los sentidos.

Recuerdo con disgusto ver la obra de José Antonio Orts, con su contención característica, rodeada de no sé qué por todas las paredes, y no sé qué porque me horroizó la escena y no porque lo de la pared no mereciera la pena, pero el desatino era tanto que salí de la estancia contrito y disparado.

Uno se pasea por el Centro del Carmen buscando una explicación y no la encuentra, por más que, en un esfuerzo de abstracción con respecto al contexto, se vean buenas obras, todas ellas traídas de la convocatoria paulista, ¿pero qué pintan tantas otras piezas que lo abigarran todo hasta hacer de la sala de exposiciones un delirio sin freno?

Cabizbajo, uno sigue preguntándose por qué.

Por suerte, la Bienal de Valencia, bueno, este Encuentro entre dos Mares, guarda una bala en la recámara. En alguna de las pasadas ediciones, venía Achile Bonito Oliva, desde la misma



FRANCIS NARANJO.



BERNARDO OYARZÚN.



YUCEF MERHI.



LINAREJOS MORENO.



NURI GONZÁLEZ.

Bienal, o desde una exposición paralela, y salvaba el conjunto del despropósito.

Esta vez, no, pero entre varios, por un lado el concommitado realizado por los americanos Kewin Power y Ticio Escobar, y del otro el acometido por los españoles Alberto Cruz, Ricardo Forriols (colega de estas páginas), Fernando Golvano y Piedad Solans, consiguen un verdadero entendimiento entre dos mundos tan distintos, como se puede apreciar visitando La Nave del Puerto de Sagunto.

Propongo que la organización invierta los espacios en la siguiente convocatoria, para situar en La Nave del Puerto de Sagunto el fondo de armario paulista junto a sus precursores tradicionales y ubiquen el verdadero encuentro en el Centro del Carmen, de manera que esté más a mano. Aunque bien mirado, lo de La Nave, no deja de ser el reflejo de que el interés se mantiene y reside en la periferia.

No realizaré un recorrido minucioso por lo expuesto en el Puerto de Sagunto, a pesar de la elevada calidad del conjunto, porque ni tengo espacio, ni sabría. Pero de primeras, sorprende el contraste entre la violencia que exudan las obras americanas y la distancia con respecto a lo inmediato de las españolas, salvo en casos como *Charity de Democracia* (antes El Perro). Una obra que no entendi de primeras porque no caí en el video y sólo en lo objetual, menos mal que uno de

sus autores me llamó la atención sobre aquél y pude comprender que no me hablaba del paisaje urbano sino de su paisanaje, de los obligados a comer de la basura en nuestro primer mundo. *La verdad es una excusa*, de Eugenio Ampudia, y, en menor grado, *Dossier: La Pastora* de Xavier Arenós (aunque en el caso de X. Arenós, cuya obra conozco bien por distintas razones, la violencia siempre está implícita, como también el drama, pero de esa forma tácita que sólo entienden los topos, esos roedores tan kafkianos). Salvo en estos casos, junto a *Confabulación* de Valeriano López y Francis Naranjo, al menos a mis ojos, la violencia, o no aparece o lo hace de forma muy elusiva, como sería el caso de F. Naranjo, quien nos presenta una *Fosa común* en la que caes al momento mismo de asomarte, no tanto en conexión con la obra de E. Ampudia que le queda casi enfrente y revisa nuestra última Guerra Civil, como porque tus percepciones se ven sumidas de golpe en un abismo lleno de humo (nada) y sonidos de ultratumba (más nada).

En realidad, lo que quería era mostrar mi sorpresa por el contraste entre obras donde la violencia, sobre todo social, se encuentra a flor de piel, como es el caso de las traídas de América, y las españolas, y veo que me estoy tragando mis palabras. Volveré sobre mis pasos.

Entre las obras americanas seleccionadas se puede

revivir ese caos social a los ojos de un europeo y de las estadísticas, esta misma semana la prensa anunciaba que casi la mitad de los homicidios del mundo ocurren al Sur de Río Grande. Y se puede vivir de muy distintas formas, por ejemplo siguiendo el inventario de la creatividad popular para la construcción de armas realizado por Sara Maneiro, o de otro modo por Wilger Sotelo Rojas, una creatividad que orientada de otra manera, dejaría de situar a sus respectivos países, Venezuela y Colombia, entre los más violentos.

Aunque de Venezuela lleve una obra soberbia, y felicito a los comisarios por haberla visto, de Yucef Merhi, *Máxima Seguridad*, que combina el *hackeo* de los co-

reos de Hugo Chávez durante un sexenio con su exposición bajo los principios fijados por el OuLiPo (Ouvroir de Littérature Potentielle), que otorga al caos (y su formulación fractal) un enorme protagonismo.

También destaca la obra del chileno Bernardo Oyarzún, *El Delincuente*, un fragmento de su historia personal reflejo del trato vejatorio a que son sometidos los amerindios en los países andinos, basta leer el final de la ficha policial para comprenderlo «frente estrecha, como sin cerebro». También desde Chile se nos recuerda la violencia sufrida por el país en *Mar de Llanto*, de Nury González, quien transcribe sobre el muro de la sala un fragmento de la letra del himno chileno, en estricto punto de cruz, bajo una bella secuencia fotográfica del litoral chileno por la que se inmiscuye una portada con la denuncia de los desaparecidos.

Harto del sufrimiento, uno siempre se puede refugiar en el humor que destilan las manipulaciones digitales realizadas por el paraguayo Fredi Casco en *Los desastres de la guerra fría*, o volver a la parte española para asomarse a la extraña cabina de coleccionista presentada por Linarejos Moreno, o pararse frente a la ironía conseguida por Jana Leo con un retrato fotográfico congelado.

También puede volver sobre sus pasos y darse otra vuelta por la parte americana porque seguro olvidó algo en, éste sí, feliz encuentro entre dos mares, en el litoral saguntino.